

Jardines colgantes de María Pretiz



José María Zonta

Como país, como nación, nuestro compromiso era llegar a 1998 con un millón de canciones, esa era la promesa, la meta para clasificar al Mundial de la Música. Pero avanzaba el año y solo teníamos 999.998, y alarmadas las autoridades de la Federación buscaban las que faltaban en bares, conciertos, guitarras, aulas, pero no aparecían. Hasta que para el alivio de prensa y aficionado, llegó María Pretiz, con su último compacto, sus *Jardines*, doce canciones como parcelas que ella sembró, abonó y enseñó a crecer esmeradamente. Y como todo jardín tiene el disco

un gusanillo de seda “que aunque el pasado le duela, va saboreando el presente y se levanta a caminar”. Hay una lluvia absolutamente necesaria porque “si no lloviera, cómo habría de crecer lo que sembramos, lo que esperamos ser”, está el “geranio que en la ventana pidió agua”. En el centro hay un árbol que cubre todo con su sombra abierta por “ser tan valiente para estar loca”.

El disco está lleno de flores que cantan, bien sabemos que las flores usan colores y perfumes para hablar, pero no es que sean mudas. Está poblado de helechos, de nomeolvides, de violetas, de rosas, de espinas clavadas en la medianoche de una mujer que se sienta al piano a componer, más bien a recomponer lo que la fricción diaria alrededor nos va desgastando. Son doce ventanas por las que entran en habitación donde se escucha torrentes de luz, de ganas de vivir, me hace recordar a Adrián Abonizio: “vengo a decirte

que la libertad no sirve, si nacimos para títeres”, y compruébenlo, las flores cantan: “quisiera ser de esa gente que ve jardines por hacer en tierra seca y polvorienta”, “presa de esta sed de intensidad, yo también le huyo a la gravedad” y el que quiera oír que oiga: “un regalo en los regazos, la libertad, que miedo le tenemos”.

Y es que en el disco baila descalza una inmensa libertad, una voluntad de romper cadenas invisibles, las más pesadas, mentales, emocionales. Con tanto talento, con tanto ladrillo, María pudo haber hecho muros, seguros, pero hizo puentes, pudo levantar paredes pero movió arados, pudo poner una floristería, pero hizo jardines.

No me consta, Constanancio Vigil que María conociera tu frase: “más vale plantar árboles que estatuas, que no crecen ni alimentan, ni abrigan como los árboles”, pero en todo caso lo hizo. Y con ramas contagiosas, enredaderas que de pronto las tenés en el alma

y las vas cantando rumbo al trabajo, rumbo al amor, camino a la casa de cualquier amigo, seguro de que puede que la casa ya no, pero tu amigo siempre estará allí.

Puesto junto a *Isomnios*, su anterior compacto, *Jardines* se siente más optimista, más luminoso, más amaneado, menos oscurecido. Puede que a todos nos guste el disco, pero seguramente nos hacía falta. Hubo un momento en que ninguna de estas canciones existía, el pentagrama vacío, el piano callado, y eso inconformó tanto a María que se dedicó a llenarnos el espacio con música, a suplirnos de sonidos, a complementarnos. Cuando compre el disco pase por el vivero más cercano y compre una planta, la que quiera, un helecho, una lotería, un girasol; y ya en su casa póngale *Jardines*, y pregúntele su opinión. Verá que la matita se sentirá aludida, intensificada, hermanada con la música. Y sea la que sea florecerá, lo mismo que el

Pasa pág. 8

Viene pág. 8 Los jardines...

disco, cada vez que lo escuché.

Editar un compacto en este país es heroico, es un esfuerzo enorme en medio de ningún apoyo, y María lo hizo y muy bien. María la cantante, la jardinera, manos sobre el piano, sobre la tierra, compuso estas canciones sin guantes, sin importarle espinas o vidrios, ortigas o desiertos. Ella sabe que el desierto es apenas el prólogo de un jardín, que una sequía es el preliminar de la lluvia, que un silencio es la puerta de una canción.

María metió las manos en la tierra, sembró, acari-

cio raíces, trajo la lluvia, el abono y cultivó un jardín con doce árboles, cada uno con una fruta canción, que se deja morder.

Jardines, lo más reciente de María Pretiz, es un regalo natural que ya viene envuelto en hojas y perfumes, ideal para uno mismo, para un amigo, o para un enemigo, pero cuidado, porque si estima a ese enemigo, y se lo regala seguro que lo perderá para ganar un amigo.

El disco contiene lo que necesitamos saber para mantener vivo nuestro jardín y trae una bolsita de lluvia para usarla en casos de extrema necesidad, por ejemplo, si tuvo la suerte de enamorarse recientemente.